

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

AÑO IV. }

MÉXICO, MAYO 1º DE 1874.

{ NUM. 59.

CUENTOS DE MI ABUELO.

LAS HERMANAS DE LECHE.

[Continúa.]

La dama que era directora del colegio, había venido al salon en el momento mismo en que la frutera hacia aquella fatal prediccion á Leonor, mandó que le explicasen el motivo de ella, afeó la extraña conducta de su e lucanda, y la castigó severamente por su ingratitude. Pero el egoismo y soberbia se habian apoderado de tal suerte del pecho de Leonor, que la única cosa que podia causarle alguna pesadumbre, era el pensamiento de haber excitado la risa de muchas colegialas.

Habiendo llegado Leonor á los quince años, era mas bonita que nunca, y á pesar de los vicios de su ánimo, se distinguia por mil dotes, y particularmente por una rara habilidad en la pintura. Hacia retratos con una perfecta semejanza; y su padre, á quien su propia ternura cegaba, discurriendo que estaba acabada del todo la educacion de su hija, la volvió á llevar al lado suyo, y la presentó en las

mas lucidas concurrencias de Paris, donde adulando la vanidad de Leonor, acabaron de viciar su corazon.

Susana y su hija, por efecto de una reliquia de cariño y miramiento, habian ocultado constantemente á madama de Clermont, muy debilitada por los años y achaques, el doloroso recibimiento que Leonor les habia hecho; pero no volvieron á visitarla en su colegio. De allí á unos meses, se vió madama de Clermont amenazada al parecer de tener que rendirse á sus dolencias: y murió efectivamente en su palacio, teniendo á su lado á cuartos habia hecho felices, y dió los últimos suspiros en los brazos de Suseta, á la que entregó su retrato guarnecido de diamantes, para que le pasase á manos de Leonor. Su caudal harto cuantioso en aquella época, fué repartido entre muchos sobrinos suyos.

Suseta se apresuró á enviar este retrato á Leonor, la que al parecer por un momento se mostró enterneada con la memoria de la que habia dirigido su infancia. Pero á poco tiempo separó los diamantes para formar un lucido collar, y puso el retrato en un medallon liso que colgó en la chimenea de su habitacion. Al enviarle Suseta esta preciosa dádiva, le habia escrito, por medio del maestro de escuela del lugar, una carta concebida en estos términos:

«Señorita..... pues non puedo llamarte ya her-
«mana mia..... envío á vd. con la presente el retra-
«to de aquella que la educó: mi madre y yo hubié-
«ramos ido á entregársele por nosotras mismas si
«vd. no hubiera hecho tus gasmoñerías, cuando
«fuimos á verla tres años há.

«No por esto dejamos de rogar á Dios por tu sa-
«lud; con lo que se ofrece á vd. su mas atenta ser-
«vidora, y por mas que digas, hermana tuya de le-
«che siempre.

«SUSETA.»

«P. D. Mi padre y nodriza de vd. lo pasan á las
«mil maravillas, gracias á Dios: se arrullan conti-
«nuamente tus dos tórtolas, y da una docena de
«quesos por semana tu cabra blanca; pero no los
«probará vd.»

Leonor, que al leer esta carta se sonreia con des-
«dño, no pudo sin embargo ménos de experimentar
en el fondo de su pecho un oculto remordimiento,
que le traia á la memoria todas sus faltas. Respon-
dió á Suseta con una carta breve, pero expresiva, á
la que unió su retrato en miniatura, una de las me-
jores obras que ella habia hecho, rogándola lo ofre-
ciese á Susana..... á su querida nodriza, cuyos des-

velos y cariño no se apartarían jamás de su memoria.

Este regalo fué recibido con enagenamiento, púsosele al cuello Susana, diciendo que le parecía tener todavía en el pecho á su Leonorcita. Suseta estaba besando á cada instante esta querida imagen, y repetía mirándola: «¡Cáspita! ¡qué linda es! ¿quién creería que eso encierra un mal corazón?.....» Pero pronto se le humedecían los ojos, y exclamaba en su conmoción: «Vaya, nunca dejarás de ser hermana mía; te han echado á perder en ese París y gran concurrencia de gentes; pero volveremos á hallarnos, y vernos; sí, no sé lo que me está diciendo que nos daremos de abrazos todavía.....»

Pasáronse dos años. Llegada Leonor á aquella edad en que la juventud se halla en todo su vigor y la hermosura en todo su lustre, se acercaba al momento de contraer un matrimonio que debía afianzar la felicidad de su vida; pero la Providencia, que la tenía destinada á unas pruebas harto duras, la privó inesperadamente de su padre. M. de Beauregard, cuya salud se había debilitado con las numerosas tareas y continuos viajes que no cesaba de hacer quince años hacia, murió de repente; y no estruendo su opulencia mas que en crecidos situados que con él finalizaron, y de los que no había hecho el menor ahorro, dejó por único patrimonio á su hija el talento de la pintura que ella seguía cultivando siempre con buen éxito.

No tardó Leonor en experimentar que la pérdida de nuestra clase y conveniencias aleja de nosotros á los aduladores, y aun á los mismos amigos; y pronto se vió reducida á la no ménos cruel que inesperada soledad. Su belleza no sirvió entonces mas que para cercarla de peligros y seducciones; pero recordando en el ánimo las máximas virtuosas que había recibido en su infancia, abandonó el mucho trato de gentes, se desterró en una pieza de un cuarto piso, y vivió allí durante un año del trabajo de sus manos, haciendo á precio ínfimo algunos retratos cuyo mérito era ignorado.

Susana habla experimentado tanta dicha y prosperidad, cuantos contratiempos y calamidades habían sobrevenido á Leonor. Siendo poseedora de una hacienda harto cuantiosa, acababa de casar á Suseta, de edad entonces de diez y ocho años, con el hijo único de un labrador muy rico, y el mas gallardo mozo de toda aquella comarca. Esta respetable mujer había tenido noticia de la penosa situación en que se hallaba Leonor, y se había entendido con su comadre la frutera del mercado, para aliviarla con algunos socorros. Unas veces enviaba, con dirección á la solitaria doncella, una abundante provisión de fruta y legumbres secas; otras, una cesta de caza de aves, y á veces un acopio de azúcar y café, y esto desde el alba del día, sin que jamás pudiesen tomarse las señas del portador. La hermosa huérfana, despues de haber sospechado de tal ó cual sugeto á quien su padre había servido en otros tiempos, y con particularidad habiendo hallado un día en la última remesa que se le hacia, diez luises en una bolsita de cuero, resolvió conocer la generosa mano que con tanto misterio la socorria. Pasó, pues, la noche entera en la ventana de su cuarto; y al comenzar á rayar el alba vió que una mujer, cuya cabeza estaba cubierta con un gran pañuelo, y trayendo una cesta en el brazo, vino á apostarse en frente de la puerta de la casa, y hasta el momento de abrirse ésta, permaneció sentada en un canton frontero á ella. Baja Leonor con la rapidez de un rayo, espera que el portero se levante; y al abrir este último la puerta, descubre á la desconocida, que, segun su costumbre, deja la cesta en el umbral de la puerta y huye. Corre tras ella Leonor, la sujeta con los brazos, levanta el pañolón que le cubre la cara, y reconoce é aquella frutera del mercado, que le revela todo el secreto diciéndole: «Mientras que vd. fué dichosa y altanera, la dejamos sola, y era cosa justa; pero ahora que se ve necesitada, lo olvidamos todo Susana y yo, y hemos resuelto suplir la falta de sus difuntos padres de vd.....» La huérfana estrechaba de nuevo contra su pecho á esta apreciable mujer, y la llenaba de caricias..... «Se muestra vd., pues,

ahora cual nosotras deseábamos, repuso la comadre; ¡cuánto nos muda la desgracia en poco tiempo! pero me debe vd. la propina de mi recado; y en esto entiendo y pretendo que venga vd. todos los días á tomar su provisioncilla en mi tienda; viva sosegada, que no será muy cara con vd.; porque su buena nodriza me ha suministrado fondos para mucho tiempo. Venga vd., pues, á verme y echaremos un traguito á la salud de la bienhechora.....» Acabadas estas palabras, se desprendió la frutera de los brazos de Leonor, que todavía le dió otro beso para Susana.

De allí á pocos días le ocurrió á nuestra huérfana otro lance que no hizo menor efecto en su pecho. Era un aldeano, que por su traje, abierta y alegre figura, robustez, y habla, anunciaba ser uno de esos lugareños ricachones que encubren la opulencia bajo la exterioridad del buen natural y llaneza. Este se hallaba en la flor de la edad, y sin mas preámbulos, dijo al entrar:

«¿Es vd. la que se llama la señorita de Beauregard?—Sí, señor, respondió Leonor.—¡Ah! es vd. de la que me han hablado tanto, repuso el desconocido mirándola de piés á cabeza; en ese caso puede hacerme un gran favor; le pagaría á vd. bien, pierda cuidado. Se trata, pues, de una pintura de familia; y así como vd. me ve, tengo por mujer á la moza mas guapa de toda nuestra comarca; y querría que me pintarrajase sentado en una reja de mis arados, tomando aliento con alegre semblante, y como si estuviera diciendo: *Hemos finalizado la siembra.....* Al lado mío estaría mi mujer, del mismo corte ni mas ni ménos que vd., trayéndome la comida del labrador, y mirándome en traza de decirme: *Me tengo por dichosa en ser tuya* A otro lado estaría la madre de mi mujer, á la que quiero tanto como á la mía propia, fresca y muy hacendosa todavía, y que mirándonos con sonrisa á ámbos, aparentase decir por su parte: *¡Bien, hijos míos! que-reos y trabajad; solo esto nos hace prosperar.*—Me gusta mucho ese pensamiento, le respondió Leonor asombrada de la expresion que el desconocido daba á cuanto decia; pero me pide vd. ahí un cuadro entero, y me recelo que ha de ser superior á mis fuerzas.—¡Ah! que no, repuso el labrador; soy de sentir que ninguno lo haria mejor que vd.; y en prueba de ello, voy á contar á vd. veinticinco luises adelantados; y si acabada la pintura, vale mas, no tendrá vd. mas que decirlo.» Concluidas estas palabras, se sentó en una silla, y quere absolutamente que al punto mismo se ponga Leonor á la obra.

Riéndose ésta á pesar suyo, y admirada de la franca generosidad del desconocido, rehusó los veinticinco luises, cuya cantidad dijo que era muy superior á lo que su obra valdria, y añadió: «Cuando haya acabado, me pagará vd. mi trabajo; pero no puedo empezar ahora mismo; necesito de un lienzo proporcionado, y preparar los colores.—Pues bien, repuso levantándose de pronto el desconocido, en tanto que vd. va á disponer todo eso, voy á encontrarme con mi mujer y su madre que he enviado á buscar á nuestra posada; y verá vd. que merecen la honra de ser retratadas.» Sálese inmediatamente, dejando los veinticinco luises sobre una mesa, y á Leonor, toda turbada aún con esta singular aventura. Ella prepara entre tanto un lienzo y su paleta, prometiéndose ciertamente hacer un retrato que la dejase honrada, y al que llamaria *la felicidad del campo.....* Apenas había concluido todas estas disposiciones, cuando oyó subir por la escalera á muchas personas, y resonar una voz que la hizo estremecerse, y parecida en su creencia á la de su nodriza. Era ella misma efectivamente, que acompañada de su hija, venia con su yerno, á quien de antemano había enviado á preparar á Leonor para esta conferencia insinuante. Los acompañaba la buena frutera del mercado. En el momento mismo de entrar Susana en el cuarto de la jóven pintora, da ésta un agudo grito, se abalanza á sus brazos, y la llena de lágrimas y besos. Suseta, á la que Leonor no había visto siete años hacia, y que se había hecho una de las mas hermosas mujeres del país de Caux, sostenia á su hermana de leche, enajenada y vaci-

lante; y estas tres cabezas reunidas entre sí, haciéndose mil caricias sin poder articular una sola palabra, y confundiendo su júbilo, suspiros, y llanto, formaban el cuadro mas vistoso, cuya expresion no se le hubiera escapado á Leonor, si ella no hubiese hecho parte del lance.

(Continuará.)

El cuervo, la paloma y la nieve.

(FABULA.)

Con afán el mas protervo
Revolvábase agitado
En un monte muy nevado
Cierta negrísimo cuervo.

Una paloma, que leve
Revolaba por allí,
Preguntóle por qué así
Se restregaba en la nieve.

Él dijo: «por Belcebú,
Que voy contigo á ser franco:
Quiero teñirme de blanco
Y ser lo mismo que tú.»

Ella repuso: «ya oí;
Pero te engañas quizás,
Pues negra la nieve harás,
Sin blanquearte ella á tí.»

Y así en efecto ocurrió,
Pues la nieve, á su contacto,
Dejó de serlo en el acto,
Y en agua se revolvio.

Y el agua, mirada en suma
Sobre la pluma del cuervo,
Resultó..... ¡dolor acerbol!
Tan negra como su pluma.

Lo mismo, caro lector,
Sucede siempre, en mi juicio,
Si se roza con el vicio
De la inocencia el candor.

ESTADO DE LOS NIÑOS.

LA VUELTA DEL SABOYANITO.

Era al anocheecer de un ardiente día de verano: la atmósfera estaba muy cargada, y el sol, como un globo rojizo, desaparecía lentamente por detras de las heladas cimas de los Alpes, cuando todavía sus últimos rayos doraban las rocas del contorno y se reflejaban en las tranquilas aguas del valle. En el fondo de este se divisaban algunas de aquellas cabañas pobres, pero de aspecto agradable por su blancura y por estar rodeadas de graciosos grupos de árboles. A la puerta de la mas pobre, de la mas mezquina, estaba hilando una mujer, y aun despues de haber acabado su tarea, permanecía pensativa y manifestando en la palidez de su rostro que los pesares habían acibarado su existencia. ¡Oh! sí: no había dolor que no hubiese despedazado el alma de María, la viuda del valle; no había pasado un solo día en que no hubiese llorado. En otro tiempo era rica; en otro tiempo tenía parientes y amigos; pero en el día, cuando le asaltaban los recuerdos de lo pasado, María miraba hácia la tierra, porque para ella, parientes y amigos, todos estaban allí.

Mas no todos enteramente, porque entonces ya hubiera muerto la pobre mujer, hubiera olvidado las lágrimas vertidas y las amarguras de la vida; pero existía aún un lazo que unia á la pobre viuda á la tierra. ¡María era madre! y las madres sufren todas las penas de la vida, mientras la voz de un niño viene á decirles: «yo te amo,» mientras que una cabecita de rizados cabellos viene á ocultarse en su seno, diciendo: ¡Madre mía!

Desgraciadamente para la pobre viuda, su hijo no estaba allí para enjugar sus lágrimas y para volver á sus descoloridos labios aquella sonrisa tan dulce y tan afectuosa. No: estaba sola ¡enteramente sola, hacia ya seis meses! Su hijo, su buen An-

dresito, á pesar de sus pocos años, habia visto brillar las lágrimas en los ojos de su madre y habia querido enjugarlas: queria ver á su madre rica y feliz, y á pesar de las súplicas de la viuda, el saboyanito habia salido á correr el mundo y buscarse la vida.

—Ya volveré, madre mia, habia dicho. Dentro de seis meses verás y abrazarás á tu Andrés; pero entónces no habrá por qué llorar, ni habrá inquietudes por el porvenir. Voy á trabajar, y Dios que ve mis intenciones, nos protegerá para que seamos dichosos.

Y una mañana la viuda y su hijo se dirigieron hácia el camino real. Allí debajo de un árbol el saboyano se puso de rodillas y su madre le echó la bendición ántes de separarse. Despues Andresito partió lloroso, pero con el corazon lleno de esperanza, y María se volvió á su cabaña, preguntándose cómo habia consentido en que se marchase su hijo.

Pasaron los seis meses y María aun estaba sola. Todas las tardes permanecía sentada en su poyo de piedra, aun mucho despues de puesto el sol, sin quitar los ojos del camino y esperando á su hijo. Así fué como en aquella tarde, distraida con sus temores y sus esperanzas, y absorta enteramente en sus recuerdos de madre, no advirtió la mudanza que se verificaba en la naturaleza. La oscuridad casi completa solo era interrumpida por la siniestra luz del relámpago, que surcando las nubes lanzaba lúgubres resplandores sobre las vertientes tapizadas de musgo de todas las rocas de las inmediaciones. Los pajarillos se refugiaban debajo de las hojas, los rebafios se acogian á los establos, y habia cesado el ruido de los cascabeles y campanillas de las acémilas que cruzaban por el camino. El viento en su furor, bramaba, tronchaba los árboles y arrebatava las espigas que tanta abundancia habian prometido al pobre labrador.

Vuelta en sí por aquel desencadenamiento de la naturaleza, trató María de recogerse, dirigiendo ántes la última mirada.

—¡Nadie! exclamó: todavía no llega hoy. ¡Cómo ha de ser!.....¡hasta mañana!

—¡Hasta mañana, pobre madre! Quién hay en el mundo que pueda decir con seguridad: ¡hasta mañana!

Así que María entró en su cabaña, se arrodilló para rezar por su Andrés, y mas de una vez la antigua estampa de la Virgen, hácia la que se elevaban sus miradas, se iluminó con la luz de los relámpagos; mas de una vez el ronco estampido del trueno, confundido con el silbido del viento, hizo estremecer á la pobre viuda del valle. Sin embargo, seguia rezando miéntras que la tempestad redoblaba á cada paso en términos de echar abajo la cabaña. La puerta se abrió con estrépito, y al volverse María, vió todo el cielo como despidiendo llamas. Entónces tuvo miedo de aquella fuerza invencible que destruía cuanto encontraba al paso, y tuvo miedo, no precisamente por sí misma, sino por su hijo.

—¡Dios mio! ¡Tened piedad de mí! Proteged á mi Andrés, salvad.....

La palabra se ahogó en sus labios y la viuda cesó de rezar. El huracan habia encontrado al paso su pobre cabaña.

Dos dias despues, cuando el cielo estaba en calma y las hojas inmóviles, un niño venia corriendo y saltando por el camino con su morralito á la espalda. Era un niño con las mejillas sonrosadas, la boca risueña, ojos grandes y azules, en los que de vez en cuando brillaba una lágrima de alegría: era un verdadero saboyanito con su tosco gorro de lana caido sobre la oreja, dejando flotar sus rizados cabellos. Venia tan alegre, porque habia trabajado y ya estaba rico: mas rico de lo que él podia esperar, puesto que en una bolsita oculta junto á su corazon, traía nada ménos que diez escudos.

¡Diez escudos! ¡qué tesoro! Y todo esto es para su madre..... ¡su madre que es tan pobre!

El saboyanito tira el gorro al aire, porque ya está en Saboya; ya están allí las montañas, allí está su felicidad. Quiere cantar la tonada del país que ha cantado por las ciudades con voz llorosa; pero su corazon está demasiado oprimido, y al dia siguiente la cantará al lado de su madre. Al dia si-

guiente vuelven para él las veladas, las danzas del país y los besos maternales. Ya no hay privaciones ni esclavitud, porque ya esta allí su país, allí está el valle y allí está su cabaña.

El niño se lanza con rapidez á aquel valle donde ha de recibirle su madre y en cuyo extremo se halla su ansiada cabaña. Corre impaciente, admirado de no divisarla, hasta que al cabo, su pié tropieza en algunos escombros. Detiéndose entónces y mira por todas partes en derredor suyo con sus ojos des-pavoridos, y al fin oculta la cabeza entre sus manos.

Andrés..... pues era él, Andrés lo habia comprendido todo y lloraba. Ruinas, paredones ennegrecidos, y sobre un terrazo de césped una cruz negra con el nombre de María, hé aquí la cabaña del pobre saboyanito.

—¡Madre! ¡Madre mia! exclama, y no puede articular mas palabra.

—¡Tu madre! ¡pobre Andrés! ¡tu madre ya no existe! Pero Dios ha tenido presente la súplica de la viuda, y al huérfano le queda la Providencia.

El santo de pez.

[FABULA.]

Un santo de pez formó
Jugando un niño travieso;
Y manchóse, y del exceso
Al pobre santo acusó.
Este entónces contestó:
«¿A quién le ocurre, ¡pardiez!
Darme de santo la prez?
Si manchar solo es su norma,
¿Podrá, aunque cambie de forma,
Dejar la pez de ser pez?»—

*¡Ay, cuántos vicios y cuántos
Tienen de virtud el nombre,
Solamente porque el hombre
Se empeña en hacerlos santos!
¡Cuántas veces sus quebrantos
Achaca en su estupidez
Al mismo cielo tal vez
Con errado y torpe juicio,
Cuando el culpado es el vicio,
Hecho otro santo de pez!*

LAS FLORES SIN AROMA.

Era al morir el dia, en un bello jardin que recorria cierta niña en union de su madre. Fresnos de verdes y tupidas copas, entrelazaban sus ramas formando espesa bóveda á las estrechas callecitas de rosas y mirtos.

Una multitud de mariposas deslumbraban los ojos de la niña, quien, ligera como ellas, é inconstante, corria tras una, luego tras otra, abandonando esta por esa, la blanca por la azul.

Fijó por fin su atencion una de blancas alas con reflejos de plata; por un capricho de su edad, en vez de perseguirla, contentóse con seguirla ansiosamente con la vista. Voló la mariposa de un geranio blanco á uno rojo, y de éste á otro morado; mas sin detenerse en ninguno de ellos, se paró sobre el cáliz de una rosa.

«Mira, mamá, dijo la niña, se ha detenido; ¿estará cansada?»

«No, hija mia; es que ya encontró lo que buscaba.»

«Pues ¿qué buscaba?»

«Esencia; no la tienen los geranios, y por eso no se detuvo sino encima de la rosa, que la posee en abundancia.»

Calló la niña, como si quisiera penetrar bien lo que la buena madre la decia. Poco duró su abstraccion, porque una abeja ménos dorada que los rizos de su cabeza, vino á zumbiar cerca de ella y se alejó despues de una flor á otra, deteniéndose al fin en un cándido y perfumado lirio.

«Esta sí se ha cansado,» dijo la niña.

«No, hija mia, buscaba tambien esencia y la encontró.»

Apénas habló la madre, cuando un ligero colibrí pasó batiendo sus transparentes alas con prodigiosa velocidad. Tocó las amapolas de encendidos pétalos, las dáfias elegantes, las pitunias de múltiples colores, y alejándose de todas con desdeñoso vuelo, bebió con ansiedad en el cáliz de las perfumadas madresevas.

«Mira, dijo la madre á la niña con cariñoso acento; ese pajarito buscaba tambien esencia. La esencia, es la virtud de las flores; ya has visto cómo las aves y los insectos desdeñan á las que no tienen aroma y que solo un momento logran fijar sus miradas, ya ves cuán ansiosas acarician á las que son ricas de aroma. Las virtudes, el mérito verdadero, forman la esencia de nuestra alma; la belleza del cuerpo solo puede deslumbrar por poco tiempo, y á las gentes vanas. El aroma del alma, fija para siempre las miradas de todos. La belleza del cuerpo se marchita; la del alma es eterna. Cuando el cuerpo muere, va á perderse en lo infinito, como la esencia de las flores.»

ANGELA LOZANO.

El cortante y el carnero.

(FABULA.)

A un carnero..... ¡pobrecillo!
Un carnicero cogió;
Pero él se le escabulló,
Viendo en su mano el cuchillo.
Gritóle el cortante: «¡pillo!»
Y al oír tal grito dar,
«¿Qué es eso?» dije al pasar.
—«¡Nada! exclamó el carnicero:
Este pícaro carnero,
Que no se deja matar.»—

*Ante el vil opresor, ente maldito.
No dejarse oprimir es un delito.*

EL MAESTRO DE LOS NIÑOS.

HISTORIA XVII.

EL PRESIDIO.

«No hay pecado por grande que sea que no se borre con una verdadera contricion y propósito firme de la enmienda.»

Hallábame yo en 1830 en la rica y populosa ciudad de Barcelona, foco de la industria y madre de la buena fé.

Ponderáronme el buen estado de su magnífico presidio, y quise visitarlo.

Era una hermosa mañana del mes de Abril. El sol aparecia comunicando ricos y bellos colores á toda la naturaleza con sus primeros rayos. Las flores se entreabrían, guarnecidas de perlas de rocío, los pájaros cantaban y extendian sus pintadas alas por el inmenso espacio: era en fin la mas deliciosa mañana de primavera la que escogí para visitar el presidio de Barcelona.

Toda la alegría que en esta hermosa mañana me habia ya inspirado la naturaleza, desapareció en el momento que pisé el patio exterior del presidio. Ese lugar horrible donde el sol no penetra, en donde no hay una sola flor, un solo fruto, donde el estío se pasa sin frescura y el invierno sin calor, donde los desgraciados cuentan los dias sin ventura privados de toda felicidad, y sobre todo del mas precioso don que el cielo nos concede: la libertad. Allí existen muchos desgraciados que han cometido crímenes de todo género, á quienes las leyes han condenado á vivir separados de la sociedad que han ofendido, condenándolos á un trabajo forzado y al que están poco acostumbrados.

Estos miserables están vestidos pobremente, y en los piés arrastran un pesado grillo, compañero inseparable de su cuerpo hasta acabar su vida.

Viendo que todo el mundo podia dirigir la palabra á aquellos infelices, y que ellos respondian á las personas que lo hacian, pregunté á varios la causa

de su prision. Uno habia hecho una quiebra fraudulenta, otro habia falsificado los billetes del Banco, otro, en un acceso de cólera, habia herido á su amigo. En suma, todos habian cometido alguno de esos crímenes que la ley castiga, no con la pena de muerte, sí con el encierro perpétuo y trabajo forzado para que su castigo sirva de ejemplo y de escarmiento á otros.

A la vista de estos desgraciados me compadecí, hasta el extremo de olvidar que estaban allí por sus propias faltas. Todavía hoy mismo tengo la costumbre de pedir á Dios todas las noches por los pobres prisioneros y encarcelados, suplicando les conceda la resignacion necesaria, y que infunda en sus corazones el arrepentimiento para que algun dia vuelvan á entrar en la sociedad ó al ménos contraigan méritos para ganar la vida eterna. Sí, hijos míos, compadeced á los criminales, aborreced el delito.

Entre estos forzados habia un jóven de simpático rostro, y escogidos modales, de voz dulce y rubio cabello, que me inspiró gran compasion y viva curiosidad de saber qué crimen habia cometido. Me dirigí á él y le dije:

«¿Y vd., jóven, qué ha hecho para merecer estar aquí?»

Él levantó los ojos al cielo llenos de lágrimas: se le encendió el rostro de vergüenza y de horror, y exclamó:

«¡Yo! ¡oh! Yo soy un miserable; el mas miserable é infame de los hombres, el mas criminal de los criminales. Yo..... he pegado á mi madre!!!»

Y al decir esto se arrancaba los cabellos. Luego se cubrió el rostro con las manos, y se alejó lleno de vergüenza.

Al oír lo que aquel jóven acababa de decir, pensé en mi madre, y toda la sangre se heló en mis venas.

Los compañeros del jóven presidiario, al oír su respuesta, le miraron con desprecio y se apartaron de él con horror.

Sí, con horror; este sentimiento fué lo único que les inspiró á aquellos hombres, esencia de criminales, gentes avezadas al vicio y endurecidas en los delitos, el crimen del jóven presidiario. Pero ellos, hijos míos, tenían madre, y la idea de faltar á su madre era la única tal vez que podia causarles horror.

Compadeced, mis queridos hijos, al desgraciado jóven presidiario; pero odiad su delito: huid de él, y tened siempre presente: que *el hijo que no honra y respeta á sus padres, es maldito de Dios y condenado al desprecio general de sus semejantes.*

El ateo y el pozo.

(FABULA.)

De cierto pozo examinando el hueco,
Dijo un ateo, sábio sin segundo:

«¿De qué te sirve, ¡oh pozo! ser profundo,
Si estás sin agua, y por lo tanto seco?»

—«Con preguntar análogo respondo,
Contesta el pozo, sin hacerte agravio:
*¿De qué te sirve que te llamen Sábio,
Si Dios no ocupa de tu ciencia el fondo?»*

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO IV.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS
EN DIFERENTES LUGARES FUERA DE NUESTRA
CASA.

ARTICULO V.

Del modo de conducirnos en los espectáculos.

[Concluye.]

XV

Las personas prudentes y bien educadas, cuando no poseen los conocimientos que son necesarios para obrar en estos casos con el debido acierto, jamas se arriesgan á ser las primeras en aplaudir sino que se unen siempre al aplauso de los inteligentes.

XVI

Cuando un actor ha entusiasmado al auditorio, y ha abandonado ya la escena, está recibido un palmoteo general, que comienzan siempre las personas mas caracterizadas, el cual expresa el deseo de que aquel vuelva á presentarse, con el único objeto de aplaudirle de nuevo.

XVII

Es incivil é inconsiderado el pedir á un actor, ó á un ejecutante cualquiera, la repetición de una pieza de fuerza. Tan solo es lícito pedirla de trozos pequeños y que no empeñen demasiado los recursos del artista, por lo cual no está esto concedido, entre gentes bien educadas, sino á los inteligentes, que son los que pueden apreciar debidamente todas las circunstancias.

XVIII

Cuando un actor ó ejecutante cualquiera sufre una involuntaria equivocación, la benevolencia, que es tan propia de las personas bien educadas, prohíbe que se manifieste ningun signo de desaprobación que sea capaz de aumentar su embarazo, y de ofuscarle hasta el punto de que el rubor embargue sus potencias y venga á dejarle completamente deslucido.

XIX

Es igualmente indigno de una persona benévola y bien educada, el chiflar á un actor poco hábil ó que, á pesar de sus esfuerzos, aparece inferior al papel que desempeña. Cuando el artista llega á desagraviar al auditorio, ha experimentado ya la mayor de las desgracias que pueden acontecerle; y para comprenderlo, bástale el amargo silencio de la indiferencia ó del hastío, sin que sea necesario empeorar su situación con la grosera burla. Esta, á mas de ser ajena de las personas cultas, viene á ser un acto de verdadera crueldad, cuando se ejerce contra aquel en quien no puede suponerse otro deseo que el de agrandar.

XX

Cuando durante los intervalos visitemos á las señoras de nuestra amistad que se encuentren en los palcos, no cometamos la incivilidad de permanecer por largo tiempo en el asiento que un caballero nos haya cedido para que hagamos cómodamente nuestra visita; debiendo prolongar ésta lo ménos posible, y retirándonos, sobre todo, en el momento en que se dé la señal de que la función va á continuar.

XXI

No es propio de personas finas y bien educadas el presentar á las señoras durante un espectáculo gran cantidad de dulces ó frutas.

El cirio pascual.

(FABULA.)

De las Pascuas el tiempo celebraban
No sé en qué pueblo los que en él vivían,
Y un cirio inmenso en procesion llevaban,
Y á la luz que sus rayos enviaban,
«¡Felices Pascuas!» sin cesar decían.

Viendo el Cirio Pascual su regocijo,
«¡Pascuas felices, eh? diz que les dijo:
Pues si á vosotros os hicieran ascuas,
Diríais como yo:—¡Malditas Pascuas!»

*No olvideis, del placer en el delirio,
Que ese mismo placer que os enajena,
Puede en alguno ser causa de pena,
Cuando no de tormento ó de martirio.*

AFORISMOS ANTIGUOS Y MODERNOS SOBRE LA EDUCACION.

Alguna recreación que se tome de tiempo en tiempo, es, no solo útil, sino necesaria, porque despues de algun descanso, el niño vuelve con mayor gusto y aplicación á sus estudios.

El jugar es tambien una prueba de la actividad del alma, y los niños que juegan con poco gusto ó animación, nunca tendrán notable aptitud para ciencia alguna.

Muchos juegos, como resolver enigmas, fortifican las facultades intelectuales, y proporcionan al maestro señales que indican el carácter y capacidad de los jóvenes.

Pero aun en esto, debe observarse un juicioso medio.—QUINTILIANO.

Los padres y maestros deben buscar las ocasiones de asegurar y mantener su influencia sobre los niños, por medio del respeto personal.

Los castigos materiales solo son admisibles cuando los niños violan el respeto debido á la edad, ó una regla de educación.

Más deben cuidar los padres de inspirar á sus hijos una profunda modestia juvenil, que de legarles grandes sumas de oro; por lo tanto, se debe alejar de su vista todo aquello que pueda herir su modestia ó su moral.

Porque la inmoralidad de los grandes, fomenta la falta de vergüenza de los jóvenes.

Ademas, los sentimientos de honor y vergüenza, deben despertarse temprano.—PLATON,

A la madre pertenece la nutrición y cuidado del cuerpo; al padre, la instrucción y educación.

Temprano se ha de observar la distinción de ambos sexos.

La leche es el alimento mas natural, y por lo tanto el mas á propósito para el niño.

El vino les es perjudicial.—ARISTÓTELES.

La educación del niño debe empezar desde que nace.—ROUSSEAU.

El que cuida de su cuerpo está sano y fuerte, y muchas personas han librado su vida de los peligros por este medio; han servido á sus amigos, han sido útiles á su país, adquirido fama y gloria, y vivido felices.

El cuerpo se acostumbra á cualquier ejercicio á que se le dedique; y por tanto, debē ejercitarse en los mejores.

El olvido, la desconfianza, el mal carácter y aun el frenesí, asaltan á menudo el entendimiento, á causa de la falta de disciplina en el cuerpo, con tanta fuerza, que hacen perder la ciencia ya adquirida.—SÓCRATES.

El sentimiento reflexivo enseña lo conducente al bien; pero la costumbre es lo único que da al hombre la posesión real de la sabiduría que ha adquirido, y fuerza duradera en ella.—PITÁGORAS.

Dice el vulgo: «Sí, no son mas que niños; no entienden lo que hacen.»

Es verdad.

Pero tampoco los animales entienden lo que hacen, y sin embargo los enseñamos á ir ó venir, á seguirnos, á hacer esto ó dejar de hacer aquello.

La madera y las piedras no entienden que se han de formar casas con ellas; mas el artesano les da la colocación necesaria.

Con cuánta mas razón debe hacerse lo mismo con el hombre.—LUTERO.

Las tortas.

[FABULA.]

Dice á Sancho Gerónimo: «¿qué tortas
Te gustan mas? ¿las largas, ó las cortas?»—
Y le contesta Sancho:

«Si en las cortas añades á lo ancho
La mayor longitud de las que alargas,
Lo mesmito me da cortas que largas.»

—«Poco á poco! á su vez dice Don Bueso:
Eso será miradas bien las tortas,
Si lo propio las largas que las cortas
Tienen el mismo grueso.»

Mas yo digo á los tres: «*alto, señores!
En materia de tortas, como en todo,
Lo bueno está en la esencia, no en el modo:
Y en consecuencia, estoy por las mejores.*»